



Reflexión Política

ISSN: 0124-0781

reflepol@bumanga.unab.edu.co

Universidad Autónoma de Bucaramanga
Colombia

Bedoya Marulanda, John Fredy

El conductismo en la ciencia política: descifrando un concepto poco maleable en los
horizontes de la investigación empírica

Reflexión Política, vol. 17, núm. 33, junio, 2015, pp. 38-51

Universidad Autónoma de Bucaramanga
Bucaramanga, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11040046004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Behavioralism in political science: deciphering a little malleable concept in the empiric research horizon

Sumario:

¿Qué se esperaba que fuse el conductismo?. ¿Qué es el conductismo?: hacia una definición. El objeto de estudio y método del conductismo. Conclusiones.

Resumen:

Este artículo tiene como objetivo revivir el conductismo como una forma de realizar investigación empírica en la ciencia política, haciendo el llamado a la científicidad de la disciplina con un objeto de estudio específico: el comportamiento político de los individuos. Desde allí se presenta como se puede definir el conductismo, sus cánones metodológicos y una aproximación a cómo debe entenderse el comportamiento político.

Palabras Claves: *Conductismo, Comportamiento político, Investigación empírica, Método Científico, Ciencia Política.*

Abstract:

The main objective of this paper is to revive behavioralism as a way to conduct empirical research in political science, calling to scientism of discipline with a specific subject of study: individual political behavior. From there it shows how to define behavioralism, its methodological canons and an approximation how to understand political behavior.

Key words: *Behavioralism, Political behavior, Empirical research, Scientific method, Political science.*

Ártículo: Recibido el 16 de septiembre del 2014 y aprobado el 24 de marzo del 2015.

John Fredy Bedoya Marulanda: *Economista y Magister en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia UdeA -Medellín, Coordinador de la línea de investigación Sistemas Políticos locales y estudios de opinión pública del Grupo Estudios Políticos, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia UdeA -Medellín, Colombia.*

Correo electrónico: *jfbedoya13@gmail.com*

El conductismo en la ciencia política: descifrando un concepto poco maleable en los horizontes de la investigación empírica

John Fredy Bedoya Marulanda

Introducción

El objetivo principal de este artículo no es realizar un recuento de tantos como hay sobre el surgimiento del conductismo en la ciencia política (Dahl, 1969; Dryzek, & Leonard, 1988; Farr, 1999; Almond, 2001) o de la manera en que permeó en América Latina (Bedoya, 2014), sino que da cuenta de la necesidad de descifrar de qué se trata este concepto, que aun siendo tan nombrado, resulta poco conocido y maleable para la ciencia política latinoamericana. Así mismo, se busca resaltar su importancia para el estudio de la política, en donde los individuos como actores son protagónicos dentro de los procesos políticos y los múltiples sistemas e instituciones que se han estudiado hasta ahora (de los cuales, como si gozaran de vida propia, se han descrito sus estados, cambios y, por qué no, interacciones) y les dan vida.

En este sentido, el conductismo como una oposición frente a la *infertilidad* del análisis normativo de la política, se erige, más que como opción, como una necesidad de entender los fenómenos políticos desde los propios hechos, desde sus actores y las interpretaciones que estos dan al mundo de lo político. Por lo menos esta era la visión inicial de la comunidad académica norteamericana y de quienes se beneficiaban de sus resultados. Por lo tanto, su éxito se sustentó en la capacidad de la comunidad científica de lograr un consenso sobre dicha necesidad y la forma de suplirla (Farr, 1999). Sin embargo, la incapacidad de cumplir con sus objetivos en un mundo de constantes cambios sociales (levantamiento ciudadano, la tensión de la guerra fría, entre otros), rápidamente hizo reaccionar a muchos de sus beneficiarios quienes buscaron nuevas alternativas, sin incluir a sus detractores (Easton, 1969a).

Para el caso latinoamericano, a pesar de que quienes narran la historia del desarrollo de la ciencia política coinciden en que la pluralidad de enfoques ayudó a un progreso significativo de nuestro conocimiento de los fenómenos políticos (Altman, 2005; Barrientos, 2013), se ha hecho poco hincapié en el hito que marcó parte de este mismo desarrollo, la influencia del conductismo en el interés por acercarse a una ciencia independiente. Esto se debe tal vez, a que el contexto tuvo un mayor impacto al momento de tomar banderas entre uno y otro enfoque (Bedoya, 2014) o porque otras corrientes se sobrepusieron a ella con relativo éxito por las herramientas para la *acción* que ofrecían (Kaplan, 1970; Guardamagna, 2011) o por sus cúmulos de teoría formal desarrollados para explicar los fenómenos, como lo hizo la elección racional (Aldmon, 2001). Todo esto se resume en su olvido.

Es por esto que aquí se pretende reavivar este término a través de sus pregoneros y detractores iniciales, evidenciando a través de su lectura, y aún frente al desuso, que sus expectativas originales sobre el estudio de la política están

vigentes: el científicismo. También, que más que como un campo, puede ser una manera de abordar y comprender los fenómenos políticos y, aun sin la capacidad de predecir, la estructura causal propuesta es una buena forma de lograr explicaciones verosímiles de los hechos. Y finalmente, que aun cuando no goza de una metodología propia, la delimitación de su objeto en conjunto con lo anterior, permite cerrar un poco el panorama de lo que puede o no ser susceptible de análisis, por lo menos para algunos subcampos de la ciencia política como los estudios electorales.

Para ello, este artículo se divide en cuatro apartados más. El primero quiere acercar al lector a las pretensiones iniciales del conductismo como herramienta o enfoque para el análisis de la política, así como las principales carencias que sus detractores encontraron. En segundo lugar se desea dar claridad sobre qué se entiende por “enfoque conductista en ciencia política”, planteando lo nebuloso de las diferentes definiciones, para finalmente intentar aproximarse a este por medio de su objeto. En tercer lugar, se muestra cuáles han sido los métodos de estudio y su estrecha relación con la estructura de pensamiento cuantitativa. Y en cuarto lugar se esbozarán algunas conclusiones.

¿Qué se esperaba fuese el conductismo?

Al hablar de conductismo no se puede desconocer la rol de algunos actores que de forma consciente pensaron el estudio de la política bajo los cánones científicos y que desde lo institucional lograron incentivar este desarrollo. Uno de ellos, como lo señala Dahl (1969), fue Charles E. Merriam quien desde su discurso como presidente de la *American Political Science Association -APSA-* en 1925, motivó al establecimiento de una escuela del comportamiento en la ciencia política estadounidense, pensando en una comunidad científica en la que “*algún día podemos tomar otro ángulo de acercamiento más que el formal, como lo hacen otras ciencias, y comenzar a ver el comportamiento político como un objeto esencial de investigación.*”¹ (p. 70).

Esto como un proceso consciente de transformación del estudio de la política, fue una llamada para levantarse en protesta a su enfoque

pre-científico: sin mayor acercamiento a los hechos empíricos que merecían ser estudiados. Esto en palabras de Truman (citado por Farr, 1999) fue un levantamiento ante una escuela “*aburrida de solemnidad -que conceptualizaba y estudiaba la política en términos de formalismos estériles*” (p. 272), pues se centraba solo en describir las instituciones, buscando descifrar el *deber ser* de las mismas.

Por esto último este movimiento se ganó el prefijo de *revolución* que siempre acompaña al término conductista. Sin embargo, tanto para los detractores como para algunos de sus pregoneros, la idea de que realmente hubiese una verdadera revolución científica en los términos esperados por sus promotores fue puesta en tela de juicio, sino más bien, piensan algunos (como Berkenpas, 2012), se acuñó el término fortuitamente y en su lugar lo que sucedió fue el florecimiento de un nuevo enfoque en la ciencia política, de aquí que autores como el propio Eulau usaran este término en vez de revolución, por ejemplo en su libro de 1963 *Behavioral Persuasion in Politics*:

Mi propia percepción de lo que ha pasado en la ciencia política difiere de la de Dahl, así, lo que veo en el movimiento conductista, es más un renacer exitoso que una revolución exitosa. Está en la naturaleza de un renacimiento mirar hacia adelante y hacia atrás para buscar lo importante del pasado con el fin de construir un futuro viable. La tendencia conductista ha comenzado a ser reconocida como parte integral de la ciencia política establecida más que como un nuevo establecimiento. Ha comenzado a ser reconocida no porque sus modelos y métodos son de alguna forma correctos y otros enfoques están mal, pero sí, porque ha producido un excelente trabajo en las fronteras de estudios de la política (Eulau, 1969, p. 8)²

Por esto no resulta gratuito encontrar que Eulau rehaga la idea de una revolución, debido a la falta de un paradigma que se estableciera entre los investigadores de la política, tal y como lo cita Farr (1999):

La expresión revolución fue desafortunada, porque no existió un paradigma omnicomprendido real. Es indudable que en la actualidad no existe un paradigma, y quedan muchas tareas inacabadas. Incluso los treinta

1 Original en inglés: “*Someday we may take another angle or approach than the formal, as other sciences do, and begin to look at political behavior as one of the essential objects of inquiry.*” (Dahl, 1969, p. 70)

2 Original en inglés: “*My own interpretation of what has happened in political science differs from Dahl's, then, in that I see the behavioral movement more as a successful renaissance than as a successful revolution. It is in the nature of a renaissance to look both forward and backward, to seek out what seems worthwhile in the past in order to shape a more viable future. The behavioral persuasion has come to be recognized as an integral part of the established political science rather than as a new establishment. It has come to be recognized not because its model and methods are somehow right and the other approaches wrong but because it has produced excellent work at the frontiers of the study of politics*” (Eulau, 1969, p. 8).



años de estudios de elecciones estadounidenses, tan básicos para la investigación conductista, equivalen a poco más que información detallada para el historiador (p. 228).

Así, Eulau ante este pesimismo señala que más que una revolución en la ciencia, existió una revolución tecnológica que ayudó a mejorar su capacidad de medición de los hechos empíricos, la recolección y el tratamiento de los datos resultantes (Eulau, 1969). De igual forma, este autor ayuda a rechazar la idea del progreso lineal consciente y acumulativo de la ciencia política norteamericana al estilo que lo plantea Almond (1999), aunque no hay que descartar del todo la capacidad de los investigadores de desarrollar teorías que aprovecharan dichos avances.

Esto último dio paso a que tanto detractores, así como algunos de sus seguidores, replantearan los flancos de ataque frente a este movimiento. Por un lado, Easton (1969b), quien anteriormente fuera uno de sus defensores, lanzó una reformulación de lo que debería ser el estudio de la política, *The new revolution*. De esta manera, determinó que el conductismo había fracasado y perdido su rumbo debido a que (1) dio mayor prevalencia a la técnica que a la sustancia de análisis; (2) ocultó los elementos importantes de la política a través de la excesiva abstracción de la teoría; (3) atrasó la aplicación de sus conocimientos hasta que fuesen aplicables, y (4) se embarcó en una empresa poco fructífera al evadir los valores en la investigación y, por tanto, el papel del investigador como constructor de la sociedad. Así mismo, Eulau (1963) señaló en un tono más moderado que los principales problemas del conductismo en este contexto fueron (1) la falta de consenso sobre cuál es la más adecuada unidad de análisis; (2) la nubosa relación entre teoría e investigación, y (3) la exigencia de cumplimiento de los requerimientos metodológicos.

Finalmente, sus detractores se centraron en enfatizar que el éxito del conductismo había sido un espejismo y que realmente la revolución no había superado un simple progreso lateral de la ciencia política en un contexto favorable para su aplicación, de esta forma Dryzek (1986) apunta a que “*El progreso interno puede dar una fuerte impresión de progreso global cuando una nueva tradición es suficientemente afortunada*

para tener nuevos problemas empíricos sobre los cuales tienen cosas que decir”, y más adelante continúa: “*el progreso global en ciencia política parece presentarse en tiempos de una excepcional estabilidad social y política*”³ (p. 312); resaltando más adelante su compatibilidad con el sistema de valores de la democracia liberal que intentaba explicar, pero dando una estocada final a la inoperancia o la desafortunada elección de un método científico para hacerlo: “*Los problemas empíricos en las ciencias sociales están externamente definidos, socialmente mediados e históricamente situados de una manera en que los de las ciencias naturales no lo están*”⁴ (p. 315).

¿Qué es el conductismo?: hacia una definición

La búsqueda de una definición en la literatura política del conductismo como movimiento o escuela no resulta una tarea fácil; por esto, en este escrito se refiere a él como un término poco maleable. La causa de ello, es el poco acuerdo entre autores frente a lo que entienden por esto: algunos se refieren a él como un movimiento que, en términos de Dahl (1969), se asemeja a un estado de ánimo de los investigadores para oponerse a una antigua visión de la política; otros, como un enfoque que busca explicaciones de los aconteceres políticos mediante el método científico (Bernkenpas, 2012); en otros casos menos afortunados, se ha confundido con los cánones metodológicos que desde un principio se señalaba debía seguir, es decir, como una guía metodológica para el estudio del comportamiento por medio de métodos científicos (Truman, 1969); y finalmente, con preocupaciones frente a los objetos de estudio. En cualquier sentido:

A pesar de décadas de controversia pública sobre la definición de comportamiento político hay aún una sorprendente confusión sobre cómo definirlo y cómo distinguir la escuela del comportamiento de otros enfoques. Esta confusión proviene en parte de la diferencia de opiniones entre sus proponentes, sin mencionar sus oponentes, y en parte de la inclinación de los revolucionarios de reinterpretar la historia como su propio antecedente, cambiando importantes figuras de la investigación en ciencia política temprana y sus precursores. Estos planteamientos

³ Original en inglés: “*Internal progress may give its strongest impression of global progress when a tradition is lucky enough to have new empirical problems appear about which it does have something to say. [...] global progress in political science can appear to occur in times of exceptional social and political stability*” (Dryzek, 1986, p. 312)

⁴ Original en inglés: “*Empirical problems in the social sciences are externally defined, socially mediated, and historically situated in the way those of natural science are not*” (Dryzek, 1986, p. 315).

*dialécticos tienden, por supuesto, a diluir la definición*⁵ (Merkl, 1969, p. 142).

Otra de las fuentes de confusión fue el relativo afán de sus precursores por intentar diferenciar la “revolución” del conductismo en la ciencia política de la que sucedió en las demás ciencias sociales. Esto remite a un problema de terminología y la diferenciación entre *behaviorism* y *behavioralism*, pues se era consciente de que si el primero buscaba resolver el problema de la relación el comportamiento humano con los estímulos que recibía de su contexto próximo (interacción, relaciones, el ambiente, etc.) y los procesos mediante los cuales estas relaciones se daban; el conductismo político (*behavioralism*) debía preocuparse más por los procesos mediante los cuales se podría determinar el comportamiento con referente en lo político (Eulau, 1963), esto conlleva entonces a buscar su definición en el objeto de estudio.

Sin embargo, esta definición no resta ambigüedad sobre el contenido propio de lo que se pretendía observar con relación al comportamiento, ni mucho menos con respecto a lo que este poseía de político. Frente a esto, Eulau (1963) advertía que en el estudio del comportamiento no solo basta analizar los resultados, ni tampoco de observar solo la conducta en su expresión física o mecánica, sino que el estudio del comportamiento debía centrarse en descifrar todo ese conjunto de creencias y actitudes de los individuos frente a los fenómenos políticos y a los significados que estos mismos les dan, con lo que se hacía un llamado a la necesidad de una mirada ecléctica para acercarse a este problema, “*Pero todos ellos [los conductistas] tienen en común un compromiso en el estudio del hombre como la raíz de las cosas políticas, o, para mostrarlo de una forma técnica, en la persona individual como la unidad de análisis empírica*”. Y más adelante agrega:

Los investigadores del comportamiento en la política difieren entre ellos en muchos aspectos: en su concepción de la naturaleza del conocimiento y su relación con la realidad; en la formulación de las proposiciones teóricas que guían sus investigaciones; en la elección de

*estrategias y tácticas de investigación; en su selección de problemas y sitios de investigación y, finalmente, en la evaluación de su propio rol en relación al mundo de la política que están estudiando*⁶ (p. 13).

Aunque este punto fue compartido por otros célebres personajes como Easton (1969a) y Truman (1969) no permite deslumbrar por completo el qué es. Frente a ello, se recurrió como punto de referencia y a enfatizar que el conductismo era, en sí mismo, la forma de realizar el estudio de la política de forma científica, conllevando nuevamente al concepto de *revolución* para resaltar el salto en el acercamiento al modelo empírico de la investigación. De este modo, el conductismo en política, por antonomasia, se refiere el estudio de la política de forma que, al igual que las ciencias naturales, (1) puede usar o crear instrumentos precisos que permitan medir, validar y dar confiabilidad a las observaciones del comportamiento para (2) crear teorías que ayuden a explicar y, si es posible, predecir lo concerniente al mismo; (3) dando una ruta a los investigadores que les ayude a formular y comprobar hipótesis que, finalmente, (4) servirán para validar las teorías construidas, “*En tal sentido, el “método conductista –como observó recientemente un escritor– se distingue principalmente por la naturaleza del propósito que está destinada a servir. El propósito es científico*

⁷ (Dahl, 1969, p. 78).

A esta visión científica de la política, se suma el llamado a hacer del estudio del comportamiento un campo interdisciplinario, con la finalidad de tomar los métodos interpretativos y las herramientas demostrativas de las demás ciencias sociales para cubrir las nuevas necesidades del conocimiento político empírico. Sin embargo, dentro de este llamado se añoraba, en mayor medida, la adopción de las herramientas estadísticas por su confiabilidad y criterios de validación, pues son más afines con el anhelo de la creación de proposiciones confiables sobre el comportamiento político. De esta forma, no resulta extraño encontrar en Truman (citado por Dahl, 1969) expresiones como que el estudio de la política debe hacerse en

5 Original en inglés: “*Despite the decades of public controversy over the definition of political behavior, there is still an astonishing amount of confusion about how to define it and how to distinguish the behavioral school from other approaches. This confusion stems in part from differences of opinion among its proponents, not to mention its opponents, and in part from the inclination of successful revolutionaries to reinterpret history as their own antecedent, turning the important figures or earlier political science research into their precursors. This dialectical approach tends, of course, to dilute the definition*

⁵ (Merkl, 1969, p. 142).

6 Original en inglés: “*But they all have in common a commitment to the study of man as the root of things, political, or, to put it more technically, to the individual person as the empirical unit of analysis. [...] Behavioral researches on politics differ among themselves in many respects: in their conception of the nature of knowledge and its relation to reality; in their formulation of theoretical propositions guiding their investigations; in the choice of strategies and tactics of research; in their selection of problems and research sites and, finally, in their appraisal of their own role in relation to the world of politics they are studying*

⁶ (Eulau, 1963, p. 13).

7 Original en inglés: “*In this sense, a behavioral approach, as one writer observed, is distinguished predominantly by the nature of the purpose it is designed to serve. The purpose is scientific...*

⁷ (Dahl, 1969, p. 78).



“términos cuantitativos, si se puede, y en términos cualitativos, si se debe”⁸ (p. 79).

Esta definición, junto con la que apunta al individuo como objeto de estudio, fue contrastada por Dahl (1969) para hacer referencia a las posturas más desalentadoras con respecto al qué es y al contenido mismo del conductismo. Aquí, con algo de desánimo, se refiere al fracaso del método conductista en lograr definirse a sí mismo como la protesta que prometió, más allá de sus objetos de estudio y de los métodos propuestos para alejarse de la escuela clásica de la política. El resultado último, para algunos, es que realmente no podría definirse el término comportamiento político, ni siquiera como un campo de la ciencia política:

Él niega [refiriéndose a Alfred de Grazia] que el término se refiera a un problema subjetivo, a un foco interdisciplinario, a la cuantificación, a cualquier esfuerzo específico con nuevos métodos, al comportamiento en sicología, al realismo opuesto al idealismo, al empirismo en contraste con los métodos deductivos, o al comportamiento del voto o,-de hecho-, a cualquier cosa que no sea ciencia política tal y como quisiera que fuera⁹ (Dahl, 1969, p. 77).

Aunque esta última visión resulta afflictiva, contrasta con aquellas que inducen a pensar que como enfoque o un campo de estudio de la política, el conductismo no va más allá de los puntos de vista de un grupo de investigadores, su concepción del mundo y la forma en cómo entienden los hechos que observan, de aquí que sus críticos se centraran en comentar que a pesar de las pretensiones, no podría definirse esto, siquiera, como un intento de hacer el estudio de la política más científica, debido a la complejidad misma del mundo social que imposibilita encontrar las regularidades que tanto busca este método de estudio (Easton, 1985).

Aunque las definiciones anteriores son un tanto catastróficas, la definición de lo que es el conductismo contiene algo de ambas. En primer lugar, se puede aceptar que el conductismo es una pretensión de la dirección que debe dar la ciencia política frente a la necesidad de encontrar herramientas, estructuras lógicas de ordenamiento de ideas y de conceptos que permitan enfrentar los hechos políticos, pero

esta definición no debe embarcarse en la idea de llegar a un progreso lineal y sostenido del conocimiento del mundo político, es decir, que no lo ligue al modelo de la progresividad de las ciencias naturales. En cierto sentido, esto conlleva a pensar que debe aceptarse que el conductismo, por definición, no debe pretender entre sus objetivos llegar a las determinaciones y posteriormente a las predicciones, sino que debe dar cabida a las posibilidades en la interpretación del mundo empírico (la explicación). Esto, en segundo lugar, está relacionado con la definición explícita de Easton, quien sugiere que más que las pretensiones de científicidad, el conductismo como método debe dotarse de estas propiedades anteriormente mencionadas.

Por otra parte, podría definirse el conductismo desde lo que sus séquitos aseguran son las preocupaciones del estudio de la política, pues ello da pistas para encontrar un objeto concreto y la forma de abordarlo. En este sentido, si se entiende que la política *“es el estudio de por qué el hombre encuentra necesario o deseable construir el gobierno, de cómo adaptar el gobierno a sus necesidades o demandas cambiantes, de cómo y por qué decide en las políticas públicas”*¹⁰ (Eulau, 1963, p. 3), se está consciente de que una definición de conductismo debe apreciar como una de sus preocupaciones centrales la conducta de los hombres con lo referente al sistema político, de aquí que esta conducta debe estar mediada por el entendimiento de las causas objetivas y subjetivas del mismo, así como el contexto en que se están dando.

Pero en contraste, si se *“...comprende [cómo] aquellas acciones e interacciones de los hombres y grupos que se hallan incluidos en el proceso de gobierno”*¹¹ (Truman, 1951, citado en Dahl, 1969, p. 78), esta definición debe ampliarse para incluir el comportamiento político de los grupos, como resultado de los comportamientos individuales, y las formas en las cuales intentan influir en las tomas de decisiones del gobierno. Y en adición, si se acepta que *“...es el estudio de la forma en la cual las decisiones de una sociedad son tomadas y consideradas obligatorias la mayor parte del tiempo por la mayoría de la gente”*¹². (Easton, 1985, p. 133), esta definición debe dar lugar,

8 Original en inglés: “quantitative terms if he can and in qualitative terms if he must” (Dahl, 1969, p. 79)

9 Original en inglés: “He denied that the term referred to a subject matter, an interdisciplinary focus, quantification, any specific effort at new methods, behaviorist psychology, realism as opposed to idealism, empiricism in contrast with deductive systems, or voting behavior-or, in fact, to anything more than political science as something that some people might like it to be (Dahl, 1969, p. 77).

10 Original en inglés: “is the study of why man finds it necessary or desirable to build government, of how he adapts to his changing needs or demands, of how and why he decides on public policies. Politics is concerned with the conditions and consequences of human action” (Eulau, 1963, p. 3).

11 Original en inglés: “...comprehends those actions and interactions of men and groups which are involved in the process of governing” (Dahl, 1969, p. 78).

12 Original en inglés: “... is the study of the way in which decisions for a society are made and considered binding most of the time by most of the people” (Easton, 1985, p. 133).

además, a las interacciones de estos individuos y grupos, a los acuerdos y a las construcciones sociales y culturales que de estas interacciones resultan y que son de importancia o influyen en el proceso de gobierno.

En suma, una definición del conductismo en la ciencia política debe contemplar, por lo tanto, sus alcances y limitaciones en el campo del estudio de la política frente a otros modos de comprensión, así como los objetos y, por lo menos, dar indicios sobre la forma de abordarlos. En primer lugar, no puede ser interpretado como paradigma, o al menos como revolución, por las explicaciones anteriores, sino como *una convicción (persuasion)* -por seguir los términos de Eulau- *de sus seguidores sobre la forma en que se deben estudiar los fenómenos políticos, la cual consiente un campo de estudio y, por tanto, un límite -el comportamiento-*.

Junto con lo anterior y en segundo lugar, la dirección que se ha dado a la forma de abordar el objeto y su contenido, permite definirlo como la forma de estudiar el comportamiento *de individuos, junto con sus convicciones, creencias y valores; las instituciones, formales e informales, y su funcionamiento, así como las relaciones que se tejen en estos niveles con respecto a los procesos políticos, sean tomados como relaciones de poder, influencia o demandas* (Dwight, 1956). En tercer lugar, la definición contempla la pretensión de señalar las reglas con las que se aborda su objeto, en este sentido, el conductismo es la forma en que se estudian los hechos relacionados con el comportamiento político, mediante *herramientas que ayuden a la recolección, sistematización e interpretación de los mismos, aquí se cuenta la construcción de conceptos empíricos y las técnicas de tratamiento de datos*. Y en cuarto lugar, esta definición da cuenta de la estructura intelectual mediante la cual se busca su cometido: *usando el método deductivo*.

El objeto de estudio y el método del conductismo

La razón sobre el claro sesgo de los seguidores del conductismo por evitar a toda costa enfocarse en el *deber ser* de los fenómenos políticos y en su lugar, por orientar la investigación hacia el estudio de los hechos

empíricos, se basa en la fuerte convicción de que son las acciones humanas las que crean instituciones, gobiernos y le dan sentido a las relaciones de poder e influencia que estudiaban los seguidores del método político clásico; así, las personas les dan un significado, construyen símbolos e imaginarios a su alrededor y con base en ello se comportan políticamente. (Eulau, 1963; Easton, 1985).

Otra parte del consenso, muy relacionado con el anterior, fue el afán por la aplicación del método científico como nueva forma de estudiar la política. Esto consentía su observación sistemática para la comprobación de hipótesis rigurosas que dieran cuenta sobre las posibles causas y consecuencias de su ocurrencia, así como el descubrimiento de uniformidades que permitieran predecirlos, obligando a aplicar herramientas cognitivas y estadísticas para su desarrollo: el método deductivo; herramientas de recolección de datos, como los cuestionarios, las entrevistas y el muestreo; y herramientas de medición y comprobación, como la estadística inferencial, la regresión y los modelos de elección; lo que a ciencia cierta fue un llamado por lograr la cuantificación, aunque algunos divergían de este último punto:

*...la preocupación por la metodología y una búsqueda por métodos más precisos de observación, clasificación, y medición, así como la tensión de las formulaciones cuantitativas o estadísticas donde sea posible. Como Easton ha señalado, esto incluye la catalogación sistemática de regularidades del comportamiento político, la verificación empírica de generalizaciones, y la aplicación autoconsciente de métodos de cuantificación*¹³ (Merkl, 1969, p. 146).

Y más adelante continúa, *cada uno de los científicos políticos del conductismo, de manera individual, está en libertad de desarrollar su propia especialidad y sus propios planes para la fusión de los métodos nuevos y tradicionales del enfoque*¹⁴ (Merkl, 1969, p. 146).

Estos dos compromisos iniciales (el objeto y el método) terminaron por traducirse en dos sub-campos dentro del conductismo que deben ser desarrollados. En cuanto al objeto de estudio, se destacó por un lado el análisis de la conducta de los individuos y sus componentes objetivos y subjetivos y, de otro, floreció la

13 Original en inglés: "...The concern for methodology and a search for more precise methods of observation, classification, and measurement, as well as stress on quantitative or statistical formulations wherever possible. As Easton pointed out, this includes the systematic cataloguing of regularities of political behavior, the empirical verification of generalizations, and the self-conscious application of methods and quantification" (Merkl, 1969, p. 146).

14 Original en inglés: "Individual political scientists of the behavioral persuasion are free to develop their own specialties or their own plans for the fusion of traditional and novel methods of approach" (Easton, 1969a, p. 146)



preocupación por el comportamiento de las instituciones formales. En cualquiera de los dos casos, incluso a pesar de usar disímiles referentes empíricos, no se apartaron de su cometido inicial tal y como lo señaló Dwight (1956) al sostener que “*El centro de atención en este caso es el átomo de la política, el individuo, aunque no existe una distinción aguda entre los estudios que están centrados en los individuos y esos que están centrados en los grupos, procesos, y así sucesivamente*” (p. 26); aunque, según hacía notar Eulau (1969), esto no hacía referencia a un defecto sino a un síntoma del progreso:

*Ambos, institucionalistas y conductistas han descubierto su compromiso común con la investigación empírica de los fenómenos políticos y han descubierto que así como una institución no es algo independiente del comportamiento, entonces el comportamiento tampoco es independiente de un marco institucional. Negar el contexto institucional o situacional, así como negar el comportamiento social, podría distorsionar la percepción científica de la realidad política*¹⁵ (p. 5).

De esta forma, se había logrado un acuerdo tácito para evitar que el nivel de análisis fuese un campo de batalla, donde cada quien defendiera el propio como la mejor forma abordar los hechos políticos, al contrario, se logró hacer explícito que ello era el resultado de la amplia gama de preguntas y preocupaciones de los investigadores con respecto a los fenómenos que les interesaba observar, pues al fin y al cabo, aun diferenciando entre el nivel micro o macro de la política la información terminaba recogiéndose desde el individuo, permitiendo centrar la atención más en la limitación de los alcances teóricos y conceptuales construidos que en la pertinencia de cada nivel de estudio (Wahlke, 1979), preocupación que se desvaneció con el desarrollo de la elección racional.

Empero las pretensiones con respecto al objeto, de acuerdo con las observaciones hechas por Wahlke en 1979 sobre el estado del desarrollo del estudio del comportamiento político, se puede llegar a la conclusión de que hay una tendencia por parte de los investigadores a focalizarse en la parte macro del continúo micro-macro de los niveles de investigación, dando preferencia (a pesar de que las investigaciones en su mayoría no superan un

caso de estudio hecho en algún estado específico de los Estados Unidos) a la generalización de las teorías construidas, más que a la verificación de las mismas en otros contextos, arriesgando incluso a incurrir en una falacia ecológica.

Aun frente a esta falencia en las publicaciones observadas por Wahlke (1979) en el *American Political Science Review* entre 1968 y 1977, él logra rescatar que el objetivo inicial del conductismo se mantuvo (por lo menos hasta esa fecha), dando pistas de la disciplina de sus pregoneros por conservar la esencia de lo que se pensó fuese el objeto de estudio y la orientación de su observación, por tanto se resalta en sus conclusiones que, tal y como lo diría Eldersveld et al. (1952) veinte años atrás, “*El enfoque conductista de la política es distinguido [y lo seguiría siendo por años] por su intento de describir el gobierno como un proceso compuesto por las acciones e interacciones de los hombres y grupos de hombres*”¹⁶ (p. 1004).

De igual modo, los logros de la investigación empírica no se hubieran alcanzado sin los esfuerzos intelectuales de algunos por nutrirla con teorías que si bien no son generales, sirvieron de faro para los estudiantes del comportamiento, dotando de hipótesis de partida a sus investigaciones y conceptos estructurados para facilitar la observación. Recogiendo lo más importante se puede mencionar, en primer lugar, la voluntad de autores que como Eulau (1963) dieron dirección al estudio del comportamiento del individuo, destacando los factores individuales que debían ser observados y la manera en cómo se vinculan con el sistema político.

De esta manera, sostiene Eulau que el individuo en la sociedad se identifica con los roles que desempeña (por ejemplo, un candidato en las elecciones también puede desempeñar otros roles como ser padre, líder comunitario, entre otros) y estos a su vez, delinean su comportamiento político y la forma en que interactúa con otros. Así, al entender los roles y su relación con el comportamiento político, da sentido a embarcarse a estudiar otros conceptos de orden individual como actitudes, intereses, valoraciones y significados, mientras que en un nivel agregado, permite develar la existencia de las interacciones sociales, de las que posteriormente importa identificar sus

15 Original en inglés: “Both institutionalists and behavioralists have discovered their common commitment to the empirical investigation of political phenomena, and have discovered that just as an institution is not something independent of behavior, so behavior is not something independent of an institutional setting. Neglect of institutional or situational context, just as neglect of social behavior, was likely to distort the scientific perception of political reality” (Eulau, 1969, p. 5).

16 Original en inglés: “The political behavior approach is distinguished by its attempt to describe government as a process made up of the actions and interactions of men and groups of men” (Eldersveld et al., 1952, p. 1004)

estructuras (por ejemplo los símbolos, las jerarquías, los grados de subordinación o cooperación, etc.), solidez y formalidad (teniendo en cuenta las normas, reglas, expectativas y sanciones que las rigen).

De esta manera, la visión de Eulau superpasa el análisis individual del comportamiento, pues este es relevante siempre y cuando se analice con relación a otros, enfocando el estudio de los grupos y las instituciones como el resultado de interacciones entre ellos, claro está, sin confundir el nivel de análisis y explicando ampliamente las relaciones entre cada nivel:

Más bien, ellos [los conductistas] seleccionan esos patrones de comportamiento político de los actores individuales que pertenecen a instituciones o situaciones políticas particulares. Las instituciones difieren en estructura de la relación entre individuos y las funciones que ejecutan en el orden político. Los análisis inter-institucionales del comportamiento político pueden revelar, por lo tanto, similitudes o diferencias significativas en las relaciones políticas, [de las que hay] entre grupos como entre individuos.¹⁷ (Eulau, 1963, p. 17).

Ante estas claridades, siguiendo el mismo autor, se puede entonces concebir que las características que se imputan a los individuos son importantes hasta el punto en que sobrepasan el interés de verificar la existencia de una relación con otros (compadrazgo, subordinación, etc.) o de entender un comportamiento aislado (el ejercicio del voto, por ejemplo). Mientras que, cuando se desea estudiar las características particulares de estas relaciones (a lo que Eulau llamó el estudio de los grupos), se hace ineludible traer a colación aquellos factores subjetivos (como los símbolos de identificación) y objetivos (como los intereses) que les dan fuerza y significado, así como aquellas características culturales que dan estabilidad a los patrones de comportamiento a través de un significado compartido por los integrantes de las relaciones.

Por otro lado, también se encuentra un gran esfuerzo en la interpretación de un continuo de observación que da cuenta de los diferentes niveles de estudio del comportamiento. Frente a esto, Rokkan en 1962 (citado por Eulau, 1996)

propuso cuatro clases o niveles del continuo micro-macro de acuerdo con la dirección del análisis, que a la vez que pueden ser vistas como hipótesis generales de trabajo:

- (1) *Micro-micro: estudia la relación entre las características individuales, los roles, cogniciones, o motivaciones y las disposiciones y decisiones políticas;*
- (2) *Macro-micro: estudia los efectos de las variaciones y cambios en los contextos estructurales sobre las tasas de las decisiones políticas que le atribuyen y en la fuerza y la dirección de las relaciones micro-micro;*
- (3) *Micro-macro: estudia los efectos de las actitudes y decisiones de los ciudadanos en las políticas de los partidos, sus estrategias y tácticas, y sobre el funcionamiento de los sistemas de restricciones estructurales establecidas sobre la toma de decisiones;*
- (4) *Macro-macro: estudia las funciones de las limitaciones estructurales dadas en el mantenimiento, legitimación y estabilización del sistema político como un todo¹⁸ (Eulau; 1996, p. 122).*

Bajo este esquema se puede entender la dirección en que se entendía el sistema político como punto de análisis, mostrándolo como una relación vertical entre sus componentes, abstrayendo de allí cómo las características de un individuo (el rol como lo propone Eulau, 1963) interactúan con las de otros para generar agregados, de esta forma se vuelve importante a este nivel micro-micro entender las posiciones de estos roles en el interior de los grupos. Seguidamente, se debe analizar la posición de los grupos frente al sistema político, así como las interacciones entre ellos, para luego entender cómo estas pueden influenciar en los resultados del sistema en su conjunto.

A pesar de esta interesante continuo explicativo, los contradictores del conductismo no aceptaron la idea de una relación entre el comportamiento individual y de los resultados que arroja el sistema en su conjunto. Su crítica se basaba en la idea de un estiramiento conceptual

¹⁷ Original en inglés: "Rather, they select those behavioral patterns in the political conduct of individual actors that pertain to particular political institutions or situations. Institutions differ in the structure of relation between individuals and the functions they perform in the political order. Inter-institutional analysis of political behavior can reveal, therefore, significant similarities or differences in political relations, between groups as much between individuals" (Eulau, 1963, p. 17).

¹⁸ Original en inglés: "(1) Micro-micro: studying the relationships between individual characteristics, roles, cognitions, or motivations and political dispositions and decisions; (2) Macro-micro: studying the effects of variation and changes in structural contexts on the rates of given political decisions and on the strength and direction of micro-micro relationships; (3) Micro-macro: studying the effects of citizen attitudes and decisions on party policies, strategies, and tactics, and on the operation of the established systems of structural restraints on decision-making; (4) Macro-macro: studying the functions of given structural restraints in the maintenance, legitimization and stabilization of the over-all political system" (Eulau; 1996, p. 122)



del comportamiento, pues pareciera que en este todo cabe: la “acción”, el “significado” y “lo político”, así como todo aquello que comprenden las relaciones humanas (como las decisiones premeditadas, consensuadas, la comunicación, las características identitarias y los *inputs* y *outputs* del sistema político) e incluso categorías mentales de difícil observación y comprobación como los sentimientos y los estados de ánimo (Easton, 1969b; Wahlke, 1979)

Aun dada esta crítica (o advertencia), la estructura intelectual que hasta aquí se plantea, está acorde con las pretensiones metodológicas del movimiento mismo, esta se centra en esbozar supuestos construidos a través de la observación de hechos particulares para inferir lo que podría suceder en situaciones similares. Es por ello que la búsqueda de regularidades es un punto central dentro del estudio del comportamiento, ya que a través de su sistematización se podrían establecer nexos de carácter lógico entre el hecho observado y lo que se espera que ocurra en otros eventos.

Para hacer esto posible, el método conductista debe dotarse por tanto de hipótesis de trabajo claras, las cuales deben ser construidas a partir de las regularidades encontradas en la observación empírica, pero ordenadas de forma tal que contenga proposiciones que vinculen no solo las causas y efectos del evento que se espera que suceda, sino también las definiciones (conceptos) que dan cuenta de los elementos observados (Kim, 1965). Esto en cierto sentido, conlleva a alertar al investigador del comportamiento político a pensar sus problemas en términos funcionales, pero no solo en los términos de *si el evento A sucede, entonces se espera B*, sino en encontrar las explicaciones o procesos mediante los cuales se piensa que el evento *A* está conectado con el evento *B* de esta forma, se podrá conocer la utilidad de las formulaciones funcionales con las cuales abordan sus problemas.

Se puede decir con toda seguridad que esta fue una de las más grandes pretensiones de los defensores del conductismo, pues es algo

recurrente en sus publicaciones cuando esbozan su visión de lo que debería ser el método en el estudio del comportamiento. Por ejemplo, Eulau (1969) afirma con respecto a ello que “*ciertamente, se dificulta no pensar en términos funcionales, y el problema no es ciertamente la veracidad o falsedad de las formulaciones funcionales pero sí su utilidad*”¹⁹ (p. 17). Easton (1985) por su parte, es un poco más esquemático al referirse a este punto; enumerando, *primero, el conductismo sostiene que hay uniformidades detectables en el comportamiento humano; segundo, que pueden ser confirmados por pruebas empíricas. Tercero, el conductismo muestra un deseo por un gran rigor en los métodos para la adquisición de datos y para su análisis*²⁰ (p. 137).

Mientras que otros ofrecen una “guía”, aunque algo reiterativa, para realizar la investigación bajo este esquema:

*El requerimiento de investigación sistemática significa simplemente que la búsqueda de uniformidades del comportamiento político debe estar basada en una explícita declaración de hipótesis a ser comprobadas y supuestos hechos, y además la prueba de proposiciones será a través de la ordenación cuidadosa de evidencia empírica de una manera que pueda ser validada por los esfuerzos sucesivos de investigación*²¹ (Dwight, 1956, p. 23).

Para lograr este cometido, el conductismo debería encontrar herramientas apropiadas y lógicamente coherentes para realizar sus observaciones de la realidad (Dryzek y Leonard, 1988). Por ejemplo, en las ciencias naturales y físicas se logró cierta estabilidad en sus conceptos, permitiendo desarrollar un vocabulario compartido por la comunidad científica y una acumulación de conocimientos, sin embargo, la interdisciplinariedad del estudio del comportamiento, junto con el problema de encontrar referentes empíricos con respecto a las acciones que denotan situaciones exclusivamente políticas²², terminaría por minar esta misión tal y como lo señalaría Easton:

19 Original en inglés: “*Admittedly, it is difficult not to think in functional terms, and the issue is certainly not the truth or falsity of functional formulations but their utility*” (Eulau, 1969, p. 17).

20 Original en inglés: “*First, behavioralism hold that there are discoverable uniformities in human behavior and second, these can be confirmed by empirical test. Third, behavioralism showed a desire for greater rigor in methods for the acquisition of data and for their analysis*” (Easton, 1985, p. 137).

21 Original en inglés: “*The requirement of systematic research means simply that the research for uniformities in political behavior must be based upon an explicit statement of hypotheses to be tested and assumptions made, and furthermore that the testing of propositions shall be though the careful ordering of empirical evidence in a fashion that can be validated by successive research efforts*” (Dwight, 1956, p. 23)

22 El problema con este punto es señalado por Eulau cuando sostiene que el problema del conductismo “[...] comienza con las definiciones. Si se toman en serio, las definiciones comprometen y limitan. Orientan a su usuario y revelan su orientación. Se incrustan en sus conceptos y su teorización, son una fuente de sentido, y también de cosas sin sentido”. Y más adelante continúa: “*Cuando sugiero que lo que hace el comportamiento del hombre político es que él goberna y obedece, persuade y se compromete, hace promesas y compromisos, coacciona y representa, lucha y teme, mis alumnos están desconcertados*” y con justa razón, pues estas acciones pueden ser entendidas desde diferentes campos del comportamiento humano como la vida íntima. Original en inglés: “[...] begins with definitions. If taken seriously, definitions commit and constrain. They orient their user and reveal his orientation. They embedded in his concepts and his theorizing, are a source of sense, but also of nonsense. [...] When I suggest that what makes man's behavior political is that he rules and obeys, persuades and compromises, promises and bargains, coerces and represents, fights and fears, my students are baffled (Eulau, 1963, p. 4-5)

Los más grandes conceptos, por ejemplo, siguen siendo frustrantemente vagos. Una ciencia, como se dice a menudo, es tan fuerte como sus conceptos; y si esto es cierto, los conceptos vagos y mal definidos que desafortunadamente son típicos en la ciencia política reducen la disciplina a una baja escala de madurez en las ciencias sociales. Esta es la regla más que la excepción, encontrar conceptos políticos que se refieran a las cosas a las que presuntamente se refieren²³ (1969, p. 29).

A pesar de ello, los estudiosos de la política se convencieron de la tarea de construcción de conceptos que, como herramientas intelectuales, permitieran clasificar las diferentes hechos objeto de estudio, ya que ellos darían cuenta de sus propiedades y permitirían lograr la operacionalización de las teorías construidas (Truman, 1969).

Con respecto a esto se pueden retomar de nuevo las observaciones de Wahlke (1979), donde se encuentra una amplia clasificación de los conceptos desarrollados por el conductismo. Ellos permiten observar los términos en los cuales se definían los objetos de estudio en los diferentes niveles de análisis. Así, el sistema político llegó a ser definido en términos de *estabilidad, integración, estructura política, representatividad de gobierno, rendición de cuentas, resultados de políticas (Policy outputs), selección de personal, autoridad, poder, construcción de agenda y el carácter de las discusiones políticas*. Por su parte, los grupos fueron estudiados mediante: *bases de decisión y elección consciente; grupos de referencia; orientaciones, actitudes y predisposiciones sociales; hábitos; contexto político, cultural y económico y experiencias familiares*. Finalmente, los conceptos más recurrentes con respecto al comportamiento individual son *el rol político, activismo político, comportamiento no institucional, comportamiento cívico, orientación de la acción política, retirada (de la vida política), comunicación política, cogniciones políticas, orientaciones ideológicas y motivaciones políticas* (p. 18-19).

Sin duda alguna, el espectro de estos conceptos, a pesar de la advertencia de Eulau y Easton, son un gran esfuerzo por el compromiso

de los estudiosos de la política por acercarse a la realidad y sobre los cuales aún debemos seguir trabajando, ellos remiten tanto a acciones como a situaciones específicas que dan cuenta de hechos empíricos. En este sentido no resulta exagerada la observación de Berkenpas (2012) cuando se refiere a la “revolución” conductista como una revolución conceptual que reconstruye el significado de la teoría en el estudio de la política.

Bajo estos cánones, las construcciones teóricas del conductismo intentaron seguir un riguroso método, siempre bajo la rúbrica de no aceptar su veracidad o falsedad, sino su utilidad para explicar los fenómenos políticos. Con esto, las teorías construidas deberían ser contrastables con la realidad, punto que los diferenció ampliamente de la escuela clásica de la política: *“La diferencia de estilo de la teorización entre teóricos “puros” en búsqueda de proposiciones universales y teóricos contextuales preparado para dar explicaciones parciales es, creo, una vez sintomático de la tensión entre las antiguas y modernas formas de pensar”²⁴* (Eulau, 1969, p. 15).

Seguidamente, el método deductivo proveyó a la teoría de la lógica y coherencia interna necesaria para llegar a inequívocos con respecto a las explicaciones de las causas de los fenómenos estudiados. En sí, la estructura por niveles pareció darle esta capacidad a los estudios hechos desde el enfoque conductista, ordenando sus supuestos, conceptos e hipótesis que debían seguirse en cada estudio específico, esto fue logrado por la construcción de una *[...] teoría derivada de hipótesis empíricamente probadas [que] explican esas uniformidades, regularidades y relaciones que la ciencia política asume que existen²⁵* (Eulau, 1969, p. 15).

La última propiedad que se buscó en estas construcciones teóricas fue la capacidad de generalización y predicción; ante esto el estudio, de Wahlke (1979) citado anteriormente, da luz sobre el fracaso en este ámbito. En contraste, la teoría en las ciencias físicas parecen poder usarse para explicar fenómenos en diferentes instantes en el tiempo y en lugares diversos debido a las regularidades de largo plazo que rigen los eventos estudiados, sin embargo, los fenómenos políticos carecen de esta estabilidad tanto en el tiempo (históricos) como en el espacio (geográfico),

23 Original en inglés: “The major concepts, for example, are still frustratingly unclear. A science, it is often said, is as strong as its concepts; and if this true, the vague, ill-defined concepts unfortunately so typical of research in political science reduce the discipline to a low position on a scale of maturity in the social sciences. It is the rule rather than the exception to find difficulty in referring political concepts back to the things to which presumably they refer” (Easton, 1969a, p. 29).

24 Original en inglés: “The difference in style of theorizing between pure theorists in search of universal propositions and contextual theorists ready to settle for partial explanations is, I think, once more symptomatic of the tension between the ancient and the modern modes of thought” (Eulau, 1969, p. 15).

25 Original en inglés: “Theory’s derivative and empirically tested hypotheses explain those uniformities, regularities, and relationships that a science of politics assumes to exist” (Eulau, 1969, p. 15).



además porque los fenómenos políticos están llenos de eventos únicos (que solo ocurren una vez) o aparecen sin la presencia de causas, o las causas observadas conllevan a fenómenos diferentes al esperado o, finalmente, porque es posible que muchos de ellos se puedan explicar a través de razones y no de causas (Kim, 1965), sin embargo, esto no deja de lado la necesidad y la posibilidad que da la forma de pensar del conductismo hasta ahora expuesto de explicar los fenómenos políticos.

Por otra parte, el último punto al que se hará referencia en este apartado con respecto al método del conductismo en la ciencia política se relaciona con el lugar de los valores. Sin duda alguna en su ambición por distanciarse de las descripciones y prescripciones, el movimiento conductista intentó hacer del estudio de la política una ciencia en la cual los valores no influyeran en la investigación, pues ello les restaba objetividad y credibilidad a los resultados, en palabras de Eulau:

Primero, si la pregunta de si los valores pueden o deberían ser estudiados por los métodos de las ciencias, la respuesta en un inequívoco “sí”, así como la respuesta es “sí” a la pregunta de si las ciencias del comportamiento pueden evaluar las consecuencias de opciones de políticas alternativas. Segundo, de si una ciencia libre de valores es posible, la respuesta es “no”, aunque la exclusión de las declaraciones de valor en forma de prejuicios que distorsionan la investigación científica es deseable, y tercero, sobre la pregunta de si la ciencia del comportamiento puede llegar a juicios de qué es “bueno” y qué es “malo”, la respuesta es “no puede”, pues esos juicios son, en realidad una tarea de la ética como una iniciativa separada²⁶ (Eulau, 1969, p. 12).

Sin embargo, para muchos críticos la visión de una disciplina libre de valoraciones resulta imposible, incluso para el conductismo que se auto-proclamaba avalorativa de acuerdo con los cánones del método científico. Por un lado, muestra Farr (1999) que el estudio del conductismo estuvo ligado fuertemente al pluralismo liberal de Estados Unidos, incluso muchos de sus conceptos estuvieron construidos

bajo marcos teóricos claramente enfocados en este cuadro. De esta forma, es común encontrar evaluaciones sobre el surgimiento de la democracia y la medición de su calidad, el estudio de la cultura política y cívica de los ciudadanos, así como el estudio de la concordancia entre sus valores y predisposiciones con respecto al “buen” funcionamiento de sistema político, algo que no es del todo perverso para el desarrollo de esta ciencia pues su objetivo es estudiar lo que *es* y *hay*.

Aunque lo que se encuentra en últimas para muchos opositores, es un fracaso frente a la propuesta positivista en el estudio del comportamiento, fracaso que se asienta en las bases la propuesta de una “política apolítica”, que propone que la democracia es la mejor forma de orden social y no hay cabida para otra forma de análisis, tal y como lo muestra Bay (1969):

Leo Strauss le carga al conductista un sesgo hacia la democracia liberal, y con razón, en comparación con su posición. Sin embargo, en algunos aspectos, el sesgo de mucha literatura política conductista es profundamente conservador, aunque esto es una especie de conservadurismo bastante diferente del de Strauss. Filosóficamente hablando, este conservadurismo que está orientado conductualmente incluye con frecuencia una dimensión anti-política que no se encuentra en el trabajo de Strauss. Lo que es anti-político es el supuesto, explícito o implícito, que la política, o más bien la política americana, es y debe seguir siendo un sistema de reglas para batallas pacíficas en las que compiten los intereses privados, y no hay un espacio para la lucha hacia una sociedad más humana y más organizada racionalmente²⁷ (p. 122).

Conclusiones

La invocación hecha hasta aquí de este término que parecía extinto –el conductismo- deviene de la necesidad de sumarse al llamado de atención sobre la forma en que ahora analizamos la política, no para declarar su muerte como lo hizo en otrora César Cansino (2007), sino para

²⁶ Original en inglés: “First, on the question of whether values can and should be studied by the methods of science, the answer is an unequivocal “yes”, just as the answer is “yes” to the question of whether behavioral science can assess the consequences of alternate policy choices. Second, on the question of whether a “value-free social science is possible, the answer is “no”, though the exclusion of value considerations in the form of biases that distort scientific inquiry is desirable. And third, on the question of whether behavioral science can arrive at judgments of what is “good” and what is “bad”, the answer is that “it cannot” –that such judgments are, indeed, the task of ethics as a separate enterprise” (Eulau, 1969, p. 12).

²⁷ Original en inglés: “Leo Strauss charges the behavioralists with a bias toward liberal democracy, and rightly so, in comparison to his positions. Yet in some respects the bias of much behavioralist political literature is profoundly conservative, although this is a species of conservatism rather different from Strauss’. Philosophically speaking, this behaviorally oriented conservatism frequently includes an anti-political dimension which is not found in Strauss’ work. What is anti-political is the assumption, explicit or implicit, that politics, or at any rate American politics, is and must always remain primarily a system of rules for peaceful battles between competing private interests, and not an arena for struggle toward a more human and more rationally organized society” (Bay, 1969, p. 121).

repensar el cuerpo del gigante de pies de barro de Sartori (2004), pues si aún nos hace falta avanzar en la riqueza conceptual -sus pies-, también en darle forma a los hallazgos que hasta ahora encontramos -su cuerpo-.

Como se advertía en un principio, el análisis de los procesos, las instituciones o los diferentes sistemas que componen el mundo de la política ha sido el espacio canónico de los investigadores y aunque es un terreno fértil, ha dejado de lado el análisis de sus componentes micro: los individuos. Por citar solo un ejemplo, en el estudio de los partidos se especula que estos "reaccionan" como con vida propia ante los estímulos de la competencia, pero sin mayores explicaciones sobre la forma en que se vinculan dichas reacciones (como efecto) y los estímulos (como causas), explicaciones que podrían darse desde el análisis de sus miembros.

Con lo anterior, el llamado es volver la mirada hacia el individuo y a su comportamiento más allá del accionar físico, pues este podría ser solo el resultado de como ellos interpretan los fenómenos políticos basados en todas aquellas creencias y actitudes individuales. Con ello los niveles de agregación y demás factores externos podrán entenderse mediante la interacción y las relaciones de dichos individuos sujetos a un marco cultural, social o institucional. Este debería ser, por lo menos, el acuerdo común de la comunidad académica, pues se sabe de antemano que aun cuando todos contemplamos el mismo horizonte, la óptica del investigador se centrará en diferentes factores del comportamiento.

El segundo aspecto que debería convertirse en punto común es la búsqueda de herramientas rigurosas para la recolección, sistematización e interpretación de los datos. Una nueva advertencia nace en este punto y es no entrar en la infértil discusión de si estos deben seguir los órdenes de las herramientas cualitativas o cuantitativas, pues como expuso Pasquino (2009) al citar a Satori: *Words alone beat numbers alone. Words with numbers beat words alone. And numbers make sense, or much greater sense, within verbal theory* (p. 147), en este sentido, lo que se debe buscar es lograr la capacidad de inferencia del segundo y la descriptiva del primero. Pero más importante que esto, es llegar al consenso de que nuestros conceptos deben ser empíricos.

Finalmente, hay una tarea adicional que nos convoca y es que, tal y como lo busca el conductismo, el objetivo principal de la ciencia política es lograr la explicación; esto en cierto sentido no podría lograrse sin lo anterior, pues es

mediante el estudio del individuo como podemos llegar a aquellos micro-factores que dan sentido a las relaciones causales que planteamos entre causas y efectos, más allá de la simple descripción y en conjunto con las herramientas adecuadas podremos tener información que apoye las mismas.

Bibliografía

- Altman, D. (2005). La institucionalización de la ciencia política en Chile y América Latina: Una mirada desde el sur. *Revista de ciencia política*, 25(1), pp. 3-15.
- Almond, G. (2001). Ciencia política: la historia de la disciplina. En R. Goodin, & H.-D. Klingeman, *Nuevo manual de ciencia política* (pp. 83-149). Madrid: Istmo.
- Barrientos, F. (2013). La Ciencia Política en América Latina. Una breve introducción histórica. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 20(61), pp. 105-103.
- Bay, C. (1969). Politics and pseudopolitics: A critical evaluation of some behavioral literature. En H. Eulau, *Behavioralims in political sciences* (pp. 109-140). New York: Atherton Press.
- Bedoya, J. F. (2014). *El lugar del comportamiento del elector en los estudios electorales de América Latina: una revisión crítica de los estudios conductistas en México, Chile, Argentina y Colombia, 2000-2010*. Tesis para optar al título de maestría. Maestría en Ciencia Política, Medellín: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia.
- Berkenpas, J. (2012). "The Behavioral Revolution?" *History and myth in american political science*. Recuperado el 7 de 6 de 2013, de Western Political Science Association: <http://wpsa.research.pdx.edu/meet/2012/berkenpas.pdf>
- Cansino, C. (1995). La ciencia política hoy: nuevos desarrollos, problemas teóricos y desafíos. *Estudios Políticos*, (9), pp. 69-85.
- Dahl, R. (1969). The behavioral approach in political science: Epitaph for a monument to a successful protest. En H. Eulau, *Behavioralims in political science* (pp. 68-92). New York: Atherton Press.
- Dryzek, J. S. (1986). The progress of political science. *The Journal of Politics*, 48(2), pp. 301-320.
- Dryzek, J., & Leonard, S. (1988). History and Discipline in Political Science. *The American Political Science Review*, 82(4), pp. 1245-1260.
- Dwight, W. (1956). *Political science in the United States of America*. Paris: UNESCO.



- Easton, D. (1969a). The condition of american political science. En H. Eulau, *Behavioralims in political sciences* (pp. 22-37). New York: Atherton Press.
- Easton, D. (1969b). The new revolution in political science. *The American Science Review*, 63(4), pp. 1051-1061.
- Easton, D. (1985). Political science in the United Estates: past and present. *International Political Science Review*, 6(1), pp. 133-152.
- Eldersveld, S., Heard, A., Huntington, S., Janowitz, M., Leiserson, A., McLean, D., & Truman, D. (1952). Research in political behavior. *The American Political Science Review*, 46(4), pp. 1003-1045.
- Eulau, H. (1963). *Behavioral persuasion in politics*. New York: Random House.
- Eulau, H. (1969). Tradition and innovation: on the tension between ancient and modern ways in the study of politics. En H. Eulau, *Behavioralims in political science* (pp. 1-21). New York: Atherton Press.
- Eulau, H. (1996). *Micro-macro dilemas in political science:Personal Pathways Through Complexity*. Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- Farr, J. (1999). Rememorando la Revolución. El behavioralismo en la Ciencia política estadounidense. En J. Farr, J. Dryzek, & S. Leonard, *La ciencia política en la historia: programas de investigación y tradiciones políticas* (pp. 257-288). Madrid: AKAL.
- Guardamagna, M. (2011). Marchas y contramarchas en el desarrollo de la ciencia política argentina. *Persona y Sociedad*, 25(3), pp. 11-27.
- Kaplan, M. (Abril-Junio de 1970). La ciencia política latinoamericana en su encrucijada. (IDES, Ed.) *Desarrollo económico*(37), pp. 21-72.
- Kim, K. W. (1965). The Limits of Behavioural Explanation in Politics. *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, 31(3), pp. 315-327.
- Merkel, P. (1969). "Behavioristic" tendencies in american political science. En H. Eulau, *Behavioralims in political science* (pp. 141-152). New York: Atherton Press.
- Sartori, G. (2004). ¿Hacia dónde va la ciencia política? *Política y Gobierno*, XI(2), pp. 349-354.
- Truman, D. (1969). The impact on political science of the revolution in the behavioral sciences. En H. Eulau, *Behavioralims in political science* (pp. 38-67). New York: Atherton Press.
- Wahlke, J. (1979). Pre-behaviorism in political science. *The American Political Science Review*, 73(1), pp. 9-31.